de ancianos que –como los niños– son maltratados. Muchas veces el viejo vive con rabia y desesperación.

La muerte, por otro lado, también ha perdido dignidad. Antiguamente era un evento social, como el nacimiento, pero al igual que éste hoy ha sido medicalizado, y no se muere ya en el hogar rodeado de seres queridos, sino en un hospital tapado con biombos, como si estos pudiesen ocultar la inevitabilidad del deceso.

Se discutirá en un futuro próximo –ya se discute– si debe prolongarse indefinidamente la vida de una persona que no quiere vivir o que sufre, o si puede desconectarse el aparato de hidratación, nutrición o respiración que lo mantiene con vida.

El hombre y la mujer que han llevado una vida satisfactoria, tienen más posibilidades de tener una ancianidad plena y una muerte no temida, pero éste pocas veces es el caso.

Somos viejos del presente o del futuro

La sociedad se preocupa poco por los niños de la calle y por los disminuidos, pero en el caso de los ancianos esto es más sorprendente pues *todos* caminamos hacia la vejez.

Actualmente se están llevando a cabo talleres autogestionarios que pretenden ayudar a los senescentes a vivir sus últimos años con plenitud o a aceptar la muerte.

Algunos jóvenes participan en ellos, preparándose así para su futura ancianidad. Ellos piensan que la mejor manera de asegurarse una vejez digna es luchar ahora contra todo maltrato a los ancianos, físico o no, y por la satisfacción de sus necesidades físicas, económicas y sociales, es decir, contra la pérdida afectiva, la disminución del nivel de vida, la enfermedad y la dependencia funcional.

Dice Beauvoir: "La desdicha de los viejos es un signo más del fracaso de la civilización contemporánea" y advierte: "No sabemos quién somos, si ignoramos lo que seremos: reconozcámonos en ese viejo, en esa vieja".

Aquí pasa cada cosa

Josefina Hernández Téllez

"Pase, pase usted. No se va a quedar aquí una hora", afirmaba Rosita, mientras se colocaba frente a la ventanilla con vidrio polarizado que le permitía a las encargadas de la puerta ver desde adentro de quién se trataba.

"Soy yo, ya vine. Abran por favor".

La gran puerta se entreabrió, apenas para darle paso a Rosita, quien con el pretexto de meter su carrito del mandado, la empujó y me permitió pasar.

"¿Quién es usted? ¿A quién viene a ver?" –interrogaron al tiempo las tres viejecitas que hacían de porteras, en tanto las religiosas estaban en su hora de comida–.

"Vine a ver a la señora Clara".

"¿A quién, tú?" –preguntó una a las otras, como haciendo un esfuerzo por oír y entender. Sus manos dejaron el tejido y se levantó, acercándose para inspeccionarme visualmente. Rosita intervino y en tono de impaciencia y dominio les dijo:

"Sí, Clarita mi vecina, la que teje mucho. Ya déjenla pasar".

Ibamos caminando por un amplio y lustroso corredor a cuyos lados se ve las habitaciones que servían como lugar de reunión a los viejitos; ellos, sentados en incómodas sillas, no atinaban a hablar. Sólo algunos caminaban mientras que otros miraban la nada. Rosita me señaló: "Así, así nos quieren ver a todos, agachados y haciéndonos mensos. Yo no, yo soy fuerte y vegetariana. Por eso no me quieren. En mal momento me vine a meter aquí. ¿Sabes?, yo vendí mi casa y mis cosas para esto. Tenía miedo, estaba sola. Todos se me fueron, mis hijos, mi esposo. Hermanos ya no tengo, sólo sobrinos lejanos que ni conozco ni me conocen. . . ¡Mira! Ella es Lupe, tiene casi 100 años y aquí la tienen, afuera de su cuarto, no la dejan entrar y está mala. Aquí las levantan a las 6 de la mañana, porque a las 8 debe estar todo arreglado y ya no las dejan entrar hasta la hora de dormir. Eso sí, nos cierran con llave a todas, es parejo. ¡Lupe!, ella es una amiguita. Dinos, ¿cuántos años tienes?"

Lupe, enjuta y con sus más de 90 años encima, sólo nos miraba y, después de imaginarse lo que hablábamos, nos respondió con señas que no tenía dinero.